

Contra ellas nada valen las fantasmagorías del aborrecido despotismo de los reyes, de la bárbara tiranía de los señores feudales, de la omnímoda potestad de los favoritos y las favoritas, de la crueldad de los tribunales de justicia con sus misterios y sus tormentos.... Todo eso cae, como dardos desfallecidos, á los pies de ese ilustre sacerdote republicano, que tiene perfectísimo derecho para encogerse de hombros, si por ventura le hablasen de esas cosas, y contestar sencillamente:

—No os entiendo: me estáis hablando de un mundo al cual no he tenido la fortuna ó la desgracia de pertenecer. Soy demócrata y republicano, y no soy liberal. Si por vuestra parte tampoco comprendéis esto, peor para vosotros, porque eso probará que no es el amor á la libertad lo que os mueve, sino el odio á Jesucristo.

VALENTÍN GÓMEZ (1)

VERGILII MUSA CONSOLATRIX (2)

ARTÍCULO DE "THE SPECTATOR," DE LONDRES, NÚMERO CORRESPONDIENTE AL 17 DE AGOSTO DE 1907, TRADUCIDO PARA LA REVISTA DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

POR D. J. R.

Entre los grandes escritores de poesía épica, Virgilio ocupa un lugar que en cierto aspecto le pertenece exclusivamente. Homero, Dante y Milton nos ofrecen conceptos

(1) Connotado publicista católico. Fue miembro de número de la Real Academia Española.

(2) El siguiente artículo del *Spectator* fue escrito y publicado á propósito de la obra reciente *The Virgil Pocket Book*, arranged by S. E. Winbolt. London: A. Constable and C.º (2 s. net.)

Las correspondencias castellanas de los pasajes que se citan de Virgilio han sido tomadas de la traducción del Sr. D. Miguel Antonio Caro, quien habiéndose prestado gustoso á revisar en pruebas de imprenta la traducción de este artículo, ha retocado aquellas correspondencias para ajustarlas en cuanto es posible á la forma literal del texto, y ha agregado las notas que van al pie de las páginas.

claros y definidos, que pueden ser comprendidos aun por el que lea de corrida; salvo detalles, cualquier lector acierta á hacerse bien cargo de todo lo que allí se dice. No sucede lo mismo con Virgilio; habla él llanamente, empleando palabras que, fuera de ciertas peculiaridades de estilo, deben tomarse en un sentido recto; sin embargo, hay allí "profundamente entremezclado," por decirlo así, con todo lo que va diciendo, "algo" más fácil de sentir que de explicar, algo que parece contener el más íntimo mensaje que el poeta dirige á nuestros corazones. Y no porque Virgilio sea uno de aquellos que andan vendiendo sentencias oscuras ó doctrinas esotéricas. Supo, es verdad, reproducir el estilo de los oráculos, y el *Mesías* de Pope está demostrando todavía que la égloga IV es una obra maestra de ilusión, y que escribir en enigmas es á las veces el medio más fácil de alcanzar fama (1). Pero el pensamiento que presidió á la composición de las *Geórgicas* y de la *Eneida* se descubre

(1) La Égloga IV de Virgilio se escribió el año 40 antes de Cristo, siendo cónsul Asinio Polión, amigo del poeta, á quien está dedicada. Por la referencia expresa que hace en ella el poeta á los libros sibílicos, por los anuncios grandiosos de regeneración del mundo enlazada al nacimiento de un niño prodigioso, por la majestad del estilo y por las sorprendentes semejanzas de algunos de sus pasajes con otros de Isaías, este poema misterioso excitó desde los primeros siglos del Cristianismo la admiración de las más altas inteligencias, admiración á que la credulidad popular en Occidente dio formas supersticiosas, convirtiendo á Virgilio en taumaturgo ó 'Mago,' é inventando bajo este nombre las leyendas más fantásticas. Comparetti, en su libro *Virgilio nel medio evo*, recogió de primera mano no pocos datos y citas textuales harto interesantes sobre este asunto. En viejas *Acta Sanctorum* se atribuye á la influencia de este poema la conversión de algunos paganos al cristianismo, nada menos que la de Secundiano, Marcelliano y Veriano, quienes, como iluminados de pronto por aquello de "Última Cymaei," de perseguidores que habían sido, vinieron á ser luego mártires de la fe; mas dejando á un lado leyendas tales, parece probable que aquel poema misterioso contribuyese á convertir ó á afirmar en la fe cristiana á Constantino, quien, si prestamos crédito á la alucación dirigida al clero que Eusebio pone en su boca (*Vit. Const.* 4. 32), reconoció y proclamó al autor de "Polión" como verdadero profeta de Cristo (cf. Rossignol, *Virgile et Constantin le Grand*, Pa-

á las claras en todos sus versos. Esos dos grandes poemas nacionales fueron escritos por quien dirigió la reja del arado y visitó también los palacios, por quien conoció igualmente el modo de alcanzar el "señorío" de los campos y el "señorío" de las naciones, y halló en el culto de la patria la fuente genuina y pura de su inspiración. Poemas son que llevan consigo la fuerza, la majestad y la eternidad de Roma, y que al través de los siglos atraen á sí á cuantos aman la tierra en que nacieron. Y aun fuera de todo eso, dejando á un lado la forma primorosa de aquellos poemas, forma que no queremos examinar ahora, hay algo más en ellos. El lector se siente á cada paso impresionado por una influencia sutil, que no por escaparse al análisis es menos real que cualquiera otra. Parécele oír, digámoslo así, dos voces, una distinta y vigorosa, que exci-

ris, 1846).—Inoportuno y enojoso sería traer aquí la bibliografía, histórica y crítica, de la Egloga IV; baste citar á A. Cartault, sucesor de E. Benoist, el laborioso comentador de Virgilio, en la cátedra de poesía latina de la Facultad de letras de París, quien en su *Étude sur les Bucoliques de Virgile* (1897) resume y confronta lo elaborado y discutido sobre tan singular poema, especialmente en Alemania, hasta aquella fecha.

La erudición, empero, incansable indagadora, provocada por la oscuridad misma de la materia, no desiste en sus tentativas, en este como en otros puntos igualmente enigmáticos de la historia de la literatura antigua, ya que no con el temerario empeño de fijar una interpretación evidente y definitiva, sí con el deseo plausible de descubrir alguna nueva lucecita y de llegar á resultados aproximados. Ahora mismo, poco después de haber salido á luz en Londres el pequeño libro de Mr. Winbolt y el artículo á él pertinente, del *Spectator*, aparece allí mismo (Nov. 1907), la obra intitulada *Virgil's Messianic Eclogue* (la Egloga mesiánica de Virgilio), por J. B. Mayor, W. Warde Fowler y R. S. Conway, distinguidos humanistas (scholars) que concurren, cada cual con un trabajo propio meditado, á ilustrar el problemático asunto. En un artículo de revista en que se da cuenta de esta obra—y ya el título solo de ella "*Messianic Eclogue*" está anunciando su espíritu—leemos que los tres profesores, si bien difieren considerablemente en el modo y forma en que tratan la cuestión, coin-

ta al trabajo y á la acción, y otra como "vocecita delgada" que convida á meditar, y es ésta á la que más atienden los apasionados de Virgilio. Vuelven ellos á abrir su libro, no cuando piensan en moverse, en emprender algo, sino más bien cuando desean "entenderse á solas y en paz con su propia alma." Cómo así? Cómo ese poeta que nos da voces para el trabajo activo, es el compañero elegido del recogimiento? Seguramente porque su poesía es siempre revelación de su alma, solitaria y pensativa. Aunque el más retirado de los hombres, no hay otro alguno con quien nos sintamos en tal intimidad. Cada una de sus bien meditadas frases lleva en sí el sello de la mente que las modeló, y aun la cadencia misma de sus versos tiene un acento personal. Como sucede con los grandes oradores, ejerce él una influencia que proviene menos de las escogidas pala-

—
ciden, sin embargo, en reconocer "ideas mesiánicas" inequívocas en el poema virgiliano; y que especialmente el profesor J. B. Mayor se esfuerza por demostrar la conexión de los conceptos del poeta, no sólo con las tradiciones de la Judea, vagamente esparcidas en Occidente, sino con textos expresos de las profecías inspiradas, traducidos directamente, incorporados en oráculos sibilinos y por ellos transmitidos.

Hay otros críticos, como el escritor del *Spectator*, que, atentos al sentimiento vago del poeta y á la forma artística de su obra más que á otra cosa, y como temerosos de dar en el escollo de cavilaciones alegóricas y preternaturales, cortan la dificultad declarando ser la Egloga IV sólo una obra de imaginación, exornada con reminiscencias clásicas y alusiones míticas, traídas, según vienen á cuento, sin miras recónditas ni trascendentales. Tal explicación es más bien un efugio, porque bajo el nombre de obras de imaginación caen producciones de muy diversa índole, y la imaginación,—aquella "loca de la casa,"—suele á veces, dando alas al pensamiento, alcanzar vislumbres afortunadas, no sólo en el campo filosófico, sino en el de las invenciones científicas, como ya lo observó el célebre Liebig, uno de los creadores de la química orgánica. Obra es ésta de imaginación sí, pero ("paullo maiora"), también de pensar profundo. Llamémosla en buen hora, con el escritor del *Spectator*, "una obra maestra de ilusión," es decir, un sueño bellissimo, pero, rindiéndonos al testimonio de los siglos, admitamos que fue un sueño concebido,—para valerlos de una frase horaciana (Sat. 1. 10. 33), y sin tomarla en sentido literal y supersticioso, —*post mediam noctem... cum somnia vera*. Virgilio cantaba en sueños Cristo, "luz del mundo," se aproximaba.

bras que emplea, que de él mismo. De esta impresión participan cuantos penetran algo más allá de lo que en el texto literal aparece; definir eso, analizarlo, es imposible. Inteligencias de diversa índole reciben con igual simpatía diferentes ondas de sentimiento, pero sólo responden á ciertas corrientes ideales, por manera que el mensaje aéreo que unos entienden, para otros nada dice. Aun así, por cierto lado, Virgilio nos encanta á todos por igual, porque aquel íntimo misterio de la vida, que á todos preocupa de algún modo, se siente siempre en sus versos. En todo lo que escribió hay una dulce y solemne melancolía, y nos cautiva el corazón porque vemos bien que él también sintió nuestras secretas perplejidades. Indagó, pero no encontró; no oyó mensaje divino; ninguna "piedrecita encendida tomada del altar" tocó sus labios; fue un adivino cuyos ojos estaban "velados," para quien "la visión es como las palabras de un libro sellado" (1). Pero quizá por eso mismo fue gran poeta, y de otra suerte, habría quedado roto el encanto y desaparecido el hechizo. Espíritus piadosos, impresionados sin duda por la ternura y la pureza de Virgilio, han imaginado como cierto lo contrario; y la leyenda nos dice cómo San Pablo en su viaje á Roma,

Ad Maronis mausoleum
 Ductus fudit super eum
 Piae rorem lacrimae:
 "Quem te, inquit, reddidisset
 Si te vivum invenissem,
 Poetarum maxime!"

[Llevado á la tumba de Marón, vertió allí el rocío de una piadosa lágrima, y dijo: "Cuál te hubiera yo con vertido si te hubiese encontrado vivo, oh tú, el mayor de los poetas!]" (2)

(1) El autor de este artículo transcribe aquí entre comillas frases sacadas de la profecía de Isaías, sin nombrarle: véanse capítulos vi, 6 y 7, y xxix, 10 y 11.

(2) "Era él (Virgilio) el principal entre aquellos gentiles á quienes parecía poderse aplicar la palabra del Evangelio, Matth. 20. 30: *Oyeron que Jesús pasaba*" [dos ciegos sentados junto al camino]. "Pareció cosa digna de compasión pensar que hubiese nacido 'al tem-

La mente de Virgilio, piensan los que así discurren, habría producido flores todavía más bellas á la luz de un sol sin nubes. Pero habría sucedido así? ¿No es posible que, aun cuando hubiésemos ganado en él un nuevo profeta, no hubiera sido ya aquél poeta? Hay plantas tímidas y retiradas que no florecen sino á la sombra, y si hubiese tenido Virgilio creencias más claras y definidas, no habría sido ya el poeta pensativo y de mirar profundo que á ciertas horas llega tan quedamente á nuestros corazones. Porque la duda y la incertidumbre forman parte de la herencia del humano linaje. No alcanzamos á ver las cosas sino á medias, y muchas veces el camino que llevamos se cubre de sombras,

Quale per incertam lunam sub luce maligna
 Est iter in silvis—

[Cual bajo luz mezquina por las selvas
 Que alumbra á trechos vagarosa luna
 Lleva senda dudosa el caminante];

y cuando la oscuridad nos conturba, Virgilio nos tiende amistosamente la mano. No es él un guía, no es un maestro, pero sí un amigo que nos conforta; nos habla al oído, y sus palabras son palabras consoladoras. Su musa trae consigo cierto bálsamo para nuestros dolores, y es "musa consolatrix," como la apellida el editor del pequeño libro

po de gli dei falsi e bugiardi' aquel grande hombre, á quien sus propias obras y las tradiciones sobre su vida" [llamóle ya su amigo Horacio 'alma candidísima,' 'hombre bueno como no puede haber otro mejor,' *Sat. i. 5. 40, y 3. 32*] "presentaban como una alma cándida, bella, y tal que parecía predispuesta á recibir la palabra de Cristo. De aquí haber sido el primero entre aquellos á quienes Dante, fiel y profundo intérprete del sentimiento religioso de la Media Edad, no osó poner entre los damnados, colocándole en el lugar destinado á quien sólo tuvo la culpa de no haber nacido á la fe de Cristo. La más señalada muestra de ese sentimiento de conmiseración son aquellos versos que se cantaban en Mantua" (patria de Virgilio) "hasta fines del siglo V en la misa de S. Pablo: *Ad Maronis mausoleum*," etc. Prof. COMPARETTI, *Virgilio nel medio evo*, Florencia, 1896, tomo i, p. 131.

que da ocasión á estas líneas. Suelen hablar algunos del pesimismo de Virgilio, pero la verdad es que su lectura es antídoto de la tristeza. No nos aconseja tener ánimo y confianza cuando el pesar nos abrumba, ni viene á restañar una abierta herida con remedios harto conocidos, pero nos distrae á un tiempo y nos sosiega. Llena nuestra mente de imágenes serenas, y al propio tiempo trae á nuestro corazón algo de su propia calma contemplativa. Así como el "Angelus" de Millet, cuando vemos aquellos dos labriegos que descansan por un momento de su ruda faena, no solamente nos encanta por la maravilla del arte sino que nos infunde también un sentimiento de paz y tranquilidad de espíritu, asimismo nos pasa con la poesía de Virgilio. Carlos Fox (1), cuando no le iba bien en Saint Stephen ó en la mesa de juego, encontraba un paliativo á sus sinsa-

(1) Carlos Fox y William Pitt, segundo de este nombre, prominentes estadistas ingleses y competidores políticos en uno de los períodos más críticos de la historia de su patria, fueron, como suelen serlo los hombres públicos de Inglaterra, consumados humanistas, y ambos igualmente apasionados de Virgilio. Hubieran podido, ha dicho alguien, "batirse en duelo á versos latinos." Pitt, promovedor de las grandes coaliciones europeas contra la Revolución Francesa y el primer Imperio, en una de sus más elocuentes oraciones en la Cámara de los Comunes, sintiéndose ya gravemente enfermo y lleno de amargura al ver las ventajas alcanzadas por Napoleón por los años de 1805 (Pitt murió en 1806), lamentando que le faltaran el tiempo y las fuerzas para cooperar eficazmente á la restauración de la legitimidad monárquica en Francia, profirió con visible emoción aquellos versos de Virgilio:

Me si fata meis paterentur ducere vitam
Auspiciis, et sponte mea componere curas. . . .
[Si á mí los hados disponer me diesen
Bajo propios auspicios de mi vida,
Y por mi propia inspiración el nudo
Desatar de la suerte, etc.]

(Eneida, iv. 340).

El auditorio acogió este patético arranque con vivas demostraciones de simpatía.

bores volviendo á leer las Églogas. ¿Y quién no disipa su mal humor, leyendo aquellos versos, tan socorridos de Ma-caulay y de Voltaire, en que Virgilio nos habla de un muchacho de doce años que se enamora de Nisa, cuando ella va con su madre cogiendo por el huerto "manzanas cubiertas de rocío," ó aquellos en que recuerda al viejo horticultor de Tarento, que en un pequeñuelo campo abandonado por inútil para otros cultivos, se siente "tan opulento como un monarca, y anda tan alegre como las flores de su huerto?" Pero estos son cuadros que baña la luz del sol, más risueños que consoladores. Veamos ahora aquellos versos en que pinta al buey trabajador que cae sobre el surco herido por la peste de los ganados:

Ecce autem duro fumans sub vomere taurus
Concidit et mixtum spumis vomit ore cruorem
Extremosque ciet gemitus. *Il tristis arator
Moerentem abiungens fraterna morte iuvenum,
Atque opere in medio defixa relinquit aratra.*

[Hé aquí ya el toro al peso del arado
Humeante sucumbe, y por la boca
Sangrienta espuma despidiendo, brama,
Y por última vez. *Mustio el labriego
Al novillo desunce que doliente
A su caído hermano sobrevive;-
Desúncelo, y la reja
En medio del trabajo hincada deja].*

Todo ese trozo abunda en rasgos horrorizantes, porque la poesía antigua gustaba de ellos, no menos que el arte de la Edad Media de las escenas de martirio, pero cómo cambia todo en las últimas líneas! La pesadumbre, la muerte, el esfuerzo impotente, están ahí expresados en sólo quince palabras, pero al propio tiempo con una simpatía tan delicada que toda acerba impresión se disuelve en un sentimiento de conmiseración que purifica y sosiega. Porque Virgilio, demasiado contemplativo para llegar á ser un escritor dramático, tiene el verdadero arte trágico de presentar el sufrimiento de tal modo que en vez de repeler atraiga, que en vez de infundir tristeza, la disipe.

El libro II de la Eneida es la relación de un dolor inexplicable (“infandum dolorem,”) pero Gladstone en sus últimos días recurría á su lectura como solaz y alivio (1), mientras la historia de Dido en el libro IV está llena de

(1) John Morley en su admirable Vida de Gladstone (tres gruesos tomos, Londres, 1903) nos presenta al consumado humanista, apasionado de la antigüedad, durante su larga vida, en medio de las ardientes luchas políticas del hombre público y jefe de partido, y de las graves preocupaciones y serias labores del estadista. Los estudios homéricos que publicó Gladstone son bien conocidos entre los eruditos como obra clásica. Levantábase con Homero, y llevándole consigo en edición de bolsillo, aprovechaba cualquier momento desocupado en sus excursiones y aun en sus visitas para apacentarse en él leyéndole por cualquier parte. Hubo aquí, en reducido teatro, en la que fue Nueva Granada, dos hombres públicos de erudición singular, que tuvieron la misma costumbre de andar siempre con un ejemplar portátil de algún clásico antiguo; el presbítero Manuel Benito Revollo, colegial y rector del Colegio del Rosario, Consejero de Estado, que murió deán de Cartagena, su patria, y el doctor Miguel Tobar, clegial que fue del mismo Colegio, Magistrado después por largos años de la Corte Suprema de Justicia, ambos próceres de nuestra independencia. Lícito sea recordar aquí los nombres olvidados de estos dos humanistas neogranadinos que en su modesta carrera, como Gladstone en la suya gloriosísima, pudieron decir con más propiedad que Cicerón: “Haec studia.... delectant domi, non impediunt foris” (estos estudios... nos deleitan en casa, no nos estorban fuera), comoquiera que esos libros minúsculos son un precioso artefacto debido á la invención de la imprenta.

Por lo que toca á Virgilio, no podía menos de serle familiar á Gladstone, quien no dejó de exornar alguna vez sus discursos políticos con reminiscencias oportunas del gran poeta romano, lo que en él como en Pitt, en Fox y en otros eminentes estadistas ingleses, hubiera sido pedantería insoportable si selecta parte de su auditorio no hubiese siempre estado á la altura del orador.

En 1851, en momentos de exaltación protestante con motivo de la “agresión papal,” llamado así el restablecimiento por Pío IX, de la jerarquía católica en Inglaterra, pronunció Gladstone en el Parlamento un discurso “que por todos sus elementos y en todos sus aspectos es una de las tres ó cuatro obras maestras de aquel orador,” dice Morley, y agrega: “No me perdonarían los lectores si dejase de transcribir aquí la espléndida parte final de aquel discurso.” Recordó el orador un pasaje que el mismo Lord John Russell, autor ahora del bill de represalias contra la supuesta “agresión,” había traído á cuento, años atrás, en

sentimiento patético y de belleza. Quién ha leído alg una vez el libro VI sin sentirse dominado por aquella alta y noble entonación? Ciertó es que todo lo que allí se ve es sólo un sueño que pasa misteriosamente por “la puerta de marfil,” pero tan maravillosamente junta el poeta los rasgos dispersos de la esperanza humana, que aun en medio de profunda oscuridad parece anticipar la promesa y el consuelo de aurora más radiosa. Y á la verdad, nadie ha tratado nunca de todo aquello que á la muerte se refiere con más ternura que Virgilio. No puede él quitarle su gua-

1845, en la discusión del bill Maymoeth. “Nunca he oído yo, dijo Gladstone, un incidente más sensacional traído por algún hombre de Estado en tiempo alguno en esta Cámara. Referíase el noble lord á ciertos versos de Virgilio, bellos y conmovedores, que la Cámara no tendrá á mal volver á oír ahora :

‘Scilicet et tempus veniet cum finibus illis
Agricola, incurvo terram molitus aratro
Exesa inveniet scabra rubigine pila,
Ant gravibus rastris galeas pulsabit inanes,
Grandiaque effosis mirabitur ossa sepulcrist.’”

[Día vendrá cuando en aquellos sitios
Con corvo arado el labrador moviendo
El césped, picas soterradas halle
Roidas del orín, ó ya con rastró
Pesado hará sonar cóncavos yelmos ;
Cavando, en olvidadas sepulturas
Dará, y, abiertas, con espanto mudo
En el fondo verá huesos enormes.

Georg. i. 493-7]

Y redarguyendo á lord Russell con lo que estos versos sugerían, tomó pie de ahí para la brillante peroración que Mr. Morley transcribe.

En 1886, á la edad de setenta y siete años “el Gran Viejo” (the Great Old Man), con su proyecto de reforma en favor de Irlanda, *Home rule*, había provocado y arrostraba sereno en la prensa, en los comicios y en el parlamento, una contienda que hace época en los fastos de Inglaterra. “En el parlamento,” dice Morley, “la discusión estuvo exornada por referencias frecuentes á los manes venerandos que fueron gloria de la Cámara en una grande época parlamentaria. Volvimos á

daña, ni hacer otra cosa que murmurar *Dis aliter visum* [los dioses lo dispusieron de otra suerte], cuando el justo sucumbe y el hombre recto no encuentra amparo. Pero con cuánta nobleza y hermosura no reviste aquellos mismos pasajes! Léase, por ejemplo, el adiós de Mezencio á su corcel de guerra, y nótese cómo el fiero y brutal tirano hace

oír allí los exámetros de Virgilio con que Pitt había formulado el espíritu de su política tocante á la unión :

—Paribus se legibus amba
Invictæ gentes aeterna in foedera mittant.”
[Que con leyes iguales ambos pueblos,
Ni uno ni otro vencido, la paz juren,
Y el pacto de alianza eterno sea!

Aen. xii, 191.]

Entre las conversaciones familiares y de sobremesa de Gladstone con Morley sobre materias de todo género recogidas en parte por éste (“conversations in the highest degree stimulating, bracing, widening”) encontramos este breve pasaje relativo á poetas latinos :

Gladstone—¿No pondría usted á Virgilio en primer lugar?

Morley—Oh, nó, á Lucrecio sobre todos por la grandeza y sublimidad de sus facultades poéticas.—Mr. Gladstone pareció asentir, pero mostrándose dispuesto á cruzar la espada en pro del libro segundo de la Eneida, como igual á lo mejor. . . . Y luégo, Horacio, dijo, también podrá á las veces ir delante de cualquiera otro, prorrumpiendo aquí en aquellos versos sobre Régulo :

Atqui sciebat quae sibi barbarus
Tortor pararet, etc.”
[Y sabía muy bien lo que extranje-ro
Serión le preparaba.—

Carm iii. 5.]

Esta conversación corresponde al año 1892, cuando Gladstone tenía de edad ochenta y tres. Murió á los ochenta y nueve. Todavía en sus últimos días, según se infiere de lo que dice el escritor del *Spectator*, gustaba de releer el libro ii de la Eneida, acaso (pensamos nosotros) porque en ese libro, cuyo plan no se debe á ninguna de las obras griegas que han sobrevivido á los siglos, encontraba él maravillosamente desempeñado el capítulo final de la historia de la guerra de Troya, que “se le olvidó á Homero,” su maestro y compañero inseparable.

Véase Morley, *The Life of William Edward Gladstone*, tomo i, p. 411, iii. 481.

olvidar sus crímenes con la abnegación y el heroísmo con que termina su carrera. O bien considérese cómo la muerte de Turno se dignifica cuando, despreciando á un enemigo puramente humano, le dirige á Eneas esta respuesta :

—Non me tua fervida terrent
Dicta, ferox; sed di terrent et Jupiter hostis.
[No esperes, nó, con insolentes voces
Aterrarme, oh soberbio! Ver me aterra
Conjurados los dioses en mi daño
Y á Júpiter tener por enemigo];—

y cuán patético aparece cuando recibe el golpe fatal casi con el nombre de Lavinia en los labios, y cuánta compasión no lleva consigo aquel rasgo—el último de la Eneida :

Su espíritu vital lanza un gemido
Y huye indignado al reino de las sombras.

Pero, sobre todo, debe estudiarse á Virgilio en aquello en que alcanza la supremacía entre todos los poetas. Ver á un joven arrebatado en la flor de la edad, en los momentos en que más promete, es caso que siempre impresioná, aun á los más indiferentes; y el más tierno de todos los poetas toca siempre este tema, el más lacrimoso de todos, con gracia peculiar é inimitable. Sobre las tumbas de Niso, de Euríalo, de Lauso, del joven Palante y de Marcelo el mozo, esparce con mano amorosa las más puras flores de la poesía. “Tributo estéril” llama él á eso, pero tributo que, corriendo los tiempos, es todavía tesoro inagotable. Porque mientras palpita el corazón humano, el encanto íntimo de los versos lastimeros de Virgilio servirá de consuelo á muchos que en horas solitarias no dejan de lamentar una muerte prematura.

Hemos ensayado estas observaciones, movidos por el segundo título que Mr. Winbolt puso á su libro de extractos de Virgilio, libro pequeño, pero harto interesante, y por el prefacio sugestivo que precede á la obra. No sería difícil continuar estas observaciones bajo varios otros puntos de vista, y estudiar cómo Virgilio “el consolador” en-

cuenta también algún alivio á la pena en su contemplación de las bellezas de la naturaleza, en el amor de la tierra nativa, en el deseo de fama, y sobre todo en la laboriosidad paciente. Pero no conviene atormentar la finalidad del espíritu del poeta con cierto exceso de adhesión y con escaso ingenio, ni un breve examen crítico de un escritor tan profundo y al mismo tiempo tan vario en sus manifestaciones como Virgilio, dejará de ser parcial y deficiente. Lo más á que podemos aspirar, siguiendo el ejemplo del librito que tenemos á la vista, es ofrecer al lector algo que, si no ha de parecerle mal del todo, él mismo podrá rectificar y completarlo con su propio estudio y su propio criterio.

ERECCION DE UNA ESTATUA

A FRAY CRISTOBAL DE TORRES

RESPUESTA DEL RECTOR AL ESCULTOR SR. RENART

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—El Rector—Bogotá, 29 de Enero de 1908

Sr. D. Dionisio Renart y García—Barcelona

Muy señor mío de todo mi aprecio:

El Sr. D. José Arbós puso en mis manos la carta de usted (sin fecha), y las fotografías del modelo, construído por usted, de la proyectada estatua en bronce á la memoria de nuestro fundador egregio Fray Cristóbal de Torres.

La carta revela un artista y un hombre de corazón, y revela también dos cosas que honran á usted en sumo grado: se ha hecho usted cargo de la personalidad excelsa del Sr. Torres, y se ha penetrado de que, si para Colombia es honor altísimo haber tenido tal Arzobispo, el monumento que se proyecta es honra grande para España, madre y maestra del insigne Prelado. Burgos guarda la cuna del Sr. Torres, Bogotá su sepulcro; España lo educó y él nos educó á nosotros.